

## *Teresa de Jesús, experiencia de Dios y lenguaje*

Juan Antonio Marcos  
Universidad P. Comillas  
(Madrid)

Mi intención a lo largo de esta hora es hacer una cala en la experiencia de Dios que hizo Teresa volviendo la mirada sobre sus textos. Y porque hablar de Dios en la estela de Teresa no resulta fácil si no se visitan sus propias palabras, y si no nos dejamos visitar por ellas. Como ocurre con todo autor clásico, sea en literatura o en mística (y Teresa navega en ambas corrientes), el mejor tributo que podemos prestarles a ellos y el mejor favor que podemos hacernos a nosotros es ‘escuchar con los ojos’ sus originales palabras. Son la mejor reliquia que nos ha llegado de Teresa, y el mejor testigo del Dios en el que ella ha creído.

En el estudio que Martín Velasco llevó a cabo del fenómeno religioso apunta a un centro que cada vez se perfila más nítidamente como una ‘Presencia’ que el sujeto religioso pretende hacer suya, de la que anhela tomar conciencia y con la que quiere entrar en contacto<sup>1</sup>. Esa palabra, ‘Presencia’, puede que sea la que mejor define la experiencia de Dios en Santa Teresa. En lo que sigue vamos a hacer un breve recorrido por las experiencias de Presencia en Teresa, las experiencias de Liberación y las experiencias de Vínculo o Alteridad. Se podría decir que, en puridad, de lo que ahora vamos a hablar es de los lugares en los que nace la experiencia de Dios para Teresa de Jesús.

Pues bien, los lugares natales de la experiencia de Dios, es decir, los lugares en los que para Teresa nace la experiencia de Dios, son fundamentalmente dos: por una parte, la experiencia de la subjetividad, del ‘yo’, conectada a experiencias de tipo ‘metafórico-espacial’; y por otra parte, aquellas experiencias de ‘des-velamiento’ que se pueden rastrear en la psicobiografía teresiana. De ambas fuentes natalicias de la experiencia de Dios vamos a tratar en lo que sigue.

Si es posible hablar de lugares en los que nace la experiencia de Dios es porque a su vez Dios siempre está abriendo canales a través de los cuales busca comunicarse con los seres humanos con una empeñada insistencia: “Vuestra Majestad buscando *modos y maneras e invenciones* para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal experimentados en amaros a vos, tenemoslo en tan poco...” (MC 1,4)<sup>2</sup>.

### **1. Marco previo: el valor de la experiencia**

Ejemplos bíblicos de un nacimiento ‘espacial’ y personal de Dios son el episodio de Jacob, narrado en el Génesis: ‘Dios estaba *aquí*, y yo no lo sabía’ (Gn 28,16); o el del libro de Job: ‘Hasta ahora te conocía de oídas, ahora te han visto mis ojos’ (Job 42,5). En el NT aparecen también espacios equivocados para la búsqueda de Dios, como lo pone de manifiesto el episodio de la tumba vacía: en sí mismo no es una prueba de la resurrección, sino una invitación a abandonar ese lugar que distrae de la verdadera

---

<sup>1</sup> Cf. MARTÍN VELASCO, J. *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid: Trotta, 2001, p. 13.

<sup>2</sup> Citamos siempre por la edición de SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, 5ª Edición. Director: A. Barrientos, Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2000.

búsqueda de Jesús<sup>3</sup>. No se busca en un cementerio al que está vivo. No está ‘allí’: ‘Mirad, *no está aquí*’ (Mc 16,6). Está allí donde los discípulos están reunidos, entre los vivos (Cf. Lc 24,5): allí se darán cuenta de que el Señor está en medio de ellos.

Y es que junto a los ‘lugares natales’ de la experiencia de Dios, hay también, nos recuerda Teresa, lugares equivocados para la búsqueda de Dios: “¡Oh, qué lástima; oh, qué gran ceguera: que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas; mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos; dadnos, Señor, luz” (E 8,2).

Para Teresa es en el ‘yo’, el ‘aquí’ y el ‘ahora’ del sujeto que siente, donde nace la experiencia de Dios. Pero sin olvidar que dicha experiencia siempre se caracterizará, en este mundo, por un: ‘*ya pero todavía no*’. En Teresa de Jesús es la experiencia del ‘yo’ lo más significativo, relevante y recurrente. Su mística apunta una y otra vez hacia su propia experiencia (la del ‘yo’, la de ‘lo que ha pasado por mí’).

Insistimos, para Teresa, la fuente más poderosa de la que nace la experiencia mística es la de ‘lo visto por experiencia’, la de lo pático y vivencial, y no la mera especulación. Estamos ante un ‘existencialismo’ apoyado en realidades concretas y locales, lugar de apoyo también, de su experiencia mística:

*No diré cosa que en mí o en otras no la tenga vista por experiencia o dada en oración a entender por el Señor (CE Pr 3). Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia (CE 11,4). Yo sé mucho de esto por experiencia, y así os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera (CE 66,5).*

Se trata de algunos ejemplos entresacados de una de sus obras, *Camino*, pero las referencias se podrían multiplicar. Todo lo que nos cuenta Teresa en sus obras parece entrar por los sentidos: *experimentar, ver, probar, saber...*, son los verbos que con más frecuencia se reiteran en sus apelaciones a la experiencia. Experiencia que termina por convertirse en piedra clave de la obra de la Santa, auténtica fuente de su vivencia mística, contrapuesta siempre a las teorías *muy pensadas* de letrados y teólogos, a los que sin ningún pudor ni recato no ya aconseja, sino que literalmente ordena que se *estén* en lo que ella dice: “Así que vuestra merced, [al dominico García de Toledo] hasta que halle *quien tenga más experiencia que yo y lo sepa mejor*, estése en esto” (V 22,13). Lo visto, lo probado, lo gustado y experimentado son los cimientos sobre los que la Santa construye su edificio doctrinal. Es su argumento de autoridad más poderoso.

Pues bien, es la experiencia subjetiva del ‘yo’, vivida en el aquí y el ahora, lo que le llevó a Teresa escribir dirigiéndose a sus primeras lectoras, a sus compañeras carmelitas:

No ha menester alas para ir a buscar a Dios, sino  
ponerse en soledad  
y mirarle dentro de sí  
y no extrañarse de tan buen huésped (C 28,2).

De ese ‘huésped’, de su omnipresencia entre nosotros, es de lo que vamos a tratar ahora... Y porque la mística no es pensar en Dios, eso no es ‘presencia’ de Dios. Dios

---

<sup>3</sup> Cf. GESCHÉ, A., *Jesucristo. Dios para pensar VI*, Salamanca: Sígueme, 2002, p. 140.

no es una idea. Dios es la realidad infinita que lo envuelve todo. O en quien todos nos sabemos y sentimos envueltos...

## 2. Psicobiografía teresiana y las experiencias de ‘presencia’

Un texto solo es revelador allí donde me revela y me ‘desvela’ y me descubre a mí mismo<sup>4</sup>. Algo de esto nos ocurre cuando leemos a santa Teresa, cuando nos dejamos visitar por la fuerza de sus palabras. Después de leerla y releerla, uno se pregunta: ¿por qué tienen tanta fuerza sus palabras? Quizás porque ella habla como Jesús en los Evangelios, sin formulaciones retóricas; cuenta lo que acaece en la vida cotidiana de la que todos tenemos experiencia y se sirve de ella.

Fue Ian Ramsey<sup>5</sup> el que dijo que la importancia de ciertas afirmaciones religiosas proviene del hecho de que pueden expresar o crear lo que él llamó situaciones ‘de revelación’. Este autor trata de mostrar, a partir de expresiones familiares que un acontecimiento cotidiano constituye a veces una ‘revelación’ (como cuando decimos: *¡Aquello fue para mí toda una revelación!*), y que relaciones ordinarias pueden transformarse de súbito en encuentros que cambian la vida. Para Ramsey existe, en todo caso, un empleo del lenguaje que, expresando la subjetividad, puede revelar y transformar la vida de una persona. Son las ‘situaciones de desvelamiento’ o de ‘conversión’<sup>6</sup>, verdaderos lugares natales de la experiencia de Dios.

San Juan de la Cruz expresó esta misma idea en *Llama de Amor Viva*, en una genial comparación: “Así como el sol está madrugando y dando en tu casa para entrar si destapas el agujero, así Dios..., *entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos*” (L 3,46). Repárese en lo afortunada que resulta esta imagen. El sol siempre ha estado (y está) ahí, aunque no siempre sientas su luz y su calor. “Allí donde una rendija se abre a su luz, allí donde un corazón se percata oscuramente de su voz, Dios irrumpe con la impaciencia del amor e inaugura un ‘diálogo’”<sup>7</sup> de amistad con el hombre, con todo ser humano, con la mujer Teresa, como vamos a tener ocasión de ver ahora.

Diferentes momentos de la psicobiografía de Teresa de Jesús pueden ser ‘señalados’ como momentos cumbre (unos más que otros) de sus percepciones de lo divino. Teresa habla de un Dios ‘en mí’, pero que también está liberándome ‘de mí’ (V 9); o bien de una experiencia de Dios que nace del encuentro con ‘los otros’, pero que también ha de ser liberadora frente al apego a ‘los otros’ (CC 3,1); o se remite a la experiencia del vínculo nupcial con Dios (CC 25). Así pues, por una parte tenemos experiencias de presencia de la divinidad, por otra parte están las experiencias liberadoras frente a toda forma de apego o atadura y finalmente, por otra, están las experiencias de ‘vínculo’ con la divinidad.

---

<sup>4</sup> GESCHÉ, A., *El sentido. Dios para pensar VII*, Salamanca: Sígueme, 2004, p. 170.

<sup>5</sup> Cf. KERR, F., “Lenguaje teológico”, en: *Diccionario crítico de Teología*, Madrid: Akal, 2007, pp. 684-687. Cf. tb. RAMSEY, I., *Religious Language. An Empirical Placing of Theological Phrases*, London: SCM PRESS LTD, 1967, pp. 16, 21 y 48. [Profesor de filosofía de la religión, inglés]

<sup>6</sup> Un ejemplo paradigmático es el caso de san Pablo camino de Damasco (Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid: Cristiandad, 1983, pp. 333-350). Otros ejemplos: Ignacio de Loyola junto al río Cardoner; o García Morente en la habitación de un hotel de París...

<sup>7</sup> TORRES QUEIRUGA, A., *La revelación de Dios en la realización del hombre*, Madrid: Cristiandad, 1987, p. 462.

## 2.1. Experiencias de Presencia

*Las experiencias de la presencia de Dios* (de carácter espacial) remiten a varios momentos cristológicos de yuxtaposición (V 7 y V 27: Dios a nuestro lado) y de interiorización (CC 44: Dios dentro de nosotros), así como otras experiencias teológicas de carácter panenteísta (CC 15,3, y 6M 10,2: nosotros dentro de Dios). Cronológicamente se localizan a lo largo de varios años de la vida de Teresa. Vamos a recorrer las más significativas.

A) Experiencia de Presencia de carácter cristológico (1542-43) y de yuxtaposición ('representóseme Cristo *delante*'). Teresa ronda los 28 años. Es precisamente en 1543 cuando muere el padre de Teresa ("Pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho", -V 7,14):

Quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. *Representóseme Cristo delante* con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba. Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y *quedóme tan imprimido*, que ha esto más de veinte y seis años y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada [¡admirada!] y turbada, y no quería ver más a con quien estaba (V 7,6).

B) Experiencia de Presencia y Palabra (1560). Acontece tras la famosa prohibición del Índice del inquisidor Valdés y la promesa del 'libro vivo' (V 26,6). Teresa frisaba los 45 años de edad. Estamos ante una experiencia cristológica de yuxtaposición ('junto cabe mí', 'a mi lado', 'al lado derecho'), pero diferente en cuanto a grado, densidad e intensidad. Por estas fechas llega a Ávila uno de los más famosos 'futbolista' de entonces, es decir, uno de esos santos en vida, el franciscano san Pedro de Alcántara, quien le asegura a Teresa que va por buen camino (desacreditando a los que condenaban sus experiencias atribuyéndolas al demonio). De su encuentro con él dejó escrito Teresa que era "tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles" (V 27,18). Y he aquí el texto de la experiencia teresiana de la fecha en cuestión:

Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí —por mejor decir— que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame *estaba junto cabe mí Cristo* y veía ser él el que me hablaba, a mi parecer. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, diome gran temor al principio y no hacía sino llorar, aunque, en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta y con regalo y sin ningún temor. *Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo*, y, como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; *mas estar siempre al lado derecho sentíalo muy claro*, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que *estaba cabe mí* (V 27,2).

C) Una experiencia cristológica 'de interiorización' la podemos localizar en torno a 1575, con una marca deíctico-teológica explícita ('aquí estoy'), y la liberación de todo miedo como efecto positivo más relevante. Teresa ha alcanzado los 50 años de edad. En Ávila serían apresados por entonces san Juan de la Cruz y sus compañeros, y a Teresa se le ordena dejar de fundar y recluirse en un convento de Castilla. La experiencia nos la cuenta Teresa en los siguientes términos:

Otra noche después, estando leyendo en un libro, hallé otro dicho de san Pablo, que me comenzó a consolar. Y recogida un poco, estaba pensando cuán presente había traído de antes a nuestro Señor, que tan verdaderamente me parecía ser Dios vivo. En esto pensando, me dijo y parecióme *muy dentro de mí, como al lado del corazón*, por visión intelectual: *Aquí estoy; sino que quiero*

*que veas lo poco que puedes sin mí.* Luego me aseguré y se quitaron todos los miedos (CC 44,3-4).

D) Panenteísmo: hacia 1571 (Teresa está de priora en la Encarnación de Ávila) podemos localizar otro cambio fundamental en la vida de Teresa, que afecta a su relación con Dios y a sus relaciones interpersonales: “No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en ti, sino de encerrarte tú en Mí” (CC 15,3). Dicha experiencia nos la transmite la autora a través de un símil muy plástico: “Como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua. Así me parecía mi alma que se henchía de aquella divinidad y por cierta manera gozaba en sí” (CC 15,2). Experiencia similar nos encontramos en torno a 1576: “Estando un día en oración, sentí estar el alma *tan dentro de Dios, que no parecía había mundo, sino embebida en él*” (CC 47). La misma experiencia alcanza su descripción fenomenológica más acendrada en 6M 10,2: toda una visión del mundo ‘en’ Dios<sup>8</sup>.

[En una línea similar, el poeta romántico Hölderlin decía que ‘Dios creó el mundo de la misma manera que el mar crea la playa, retirándose’. Cf. tb. Mosé de León (judío, S. XII, murió en Arévalo) y la teoría de la ‘Cábala’, en su obra el *Zohar*].

## 2.2. Experiencias de Liberación

*Las experiencias ‘liberadoras’* remiten a los momentos de la vida de Teresa en los que trasciende toda forma de apego negativo: el apego a ‘uno mismo’ (V 9) y el apego a ‘los demás’ (CC 3,1). Las dos experiencias clave remiten, respectivamente, a los años 1554 y 1563.

A) La liberación frente a uno mismo llega cuando Teresa cuenta con 39 años de edad: un año clave en la vida de esta mujer fue el año de gracia de 1554 (cf. V 9), todo un ‘turning point’ en la vida de Teresa. Es entonces cuando se da el encuentro personal y decisivo con Cristo en la vida de Teresa, un cambio definitivo, una ‘metanoia’, ante un ‘Cristo muy llagado’: “Era de Cristo muy llagado...” (V 9,1-3); “Estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios” (V 9,3). Un joven jesuita, Diego de Cetina, acaba de ser destinado a Ávila: allí donde todos porfiaban en que la experiencia de Dios de Teresa era del demonio, este afirmará ser “espíritu de Dios conocidamente” (V 23,16). Santa Teresa dejó de lado a los demás y decidió quedarse con el parecer de este jesuita de unos 24 años. He aquí su conocida experiencia:

Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota, que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón

---

<sup>8</sup> “Acaece, cuando el Señor es servido, estando el alma en oración y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión adonde le da el Señor a entender grandes secretos que parece los ve en el mismo Dios; que éstas no son visiones de la sacratísima humanidad, ni, aunque digo que ve, no ve nada, porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le ‘des-cubre’ cómo ‘en’ Dios se ven todas las cosas y las tiene todas ‘en’ sí mismo; y es de gran provecho, porque, aunque -pasa en un momento,  
-quédase muy esculpido,  
-y hace grandísima confusión,  
y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque ‘en’ el mismo Dios—digo, estando ‘dentro en Él’—hacemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dároslo a entender, que aunque esto es así y lo oímos muchas veces, o no reparamos en ello, o no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese como es, ser tan atrevidos” (6M 10,2)

me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle...

Mas esta postrera vez de esta imagen que digo me parece me aprovechó más, *porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios*. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo, cierto, me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces...

Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leía cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón; estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal (V 9,1-3).

Entre V 9,3 ('desconfiada de mí') y V 23,1 ('me libró de mí')<sup>9</sup> se dibuja una charnela o bisagra (en medio está el largo 'excursus' sobre la alegoría del huerto) que apunta a una transición *in crescendo*: es la liberación del 'ego', la liberación del 'yo-mí' protagonista. En *Moradas* hablará Teresa del 'yo-gusano': '¡Muera, muera el gusano!' (5M 2,6); y mucho antes, en torno a 1960, había hablado de la necesidad de 'olvidarme de mí' (CC 1,20). Si en V 9,3 todavía se perciben ciertas notas de esfuerzo personal o ascesis, en V 23,1 el protagonismo humano va cediendo espacio al protagonismo divino. Se da así la conversión "no de una vida inmoral a otra moralmente irreprochable, sino de una vida moral a una vida teologal"<sup>10</sup>.

Traducida esta experiencia a términos paulinos, estamos ante la muerte del 'hombre viejo', 'exterior', el 'de la ley' (el yo farisaico, religiosamente autosuficiente), para que viva ahora el 'yo de/en Cristo': 'Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí' (Gál 2,20). La 'justificación' paulina es la verdadera conversión: se acabó la necesidad de tener que 'acreditarse' (ante los demás, ante Dios, ante uno mismo). Y con todo, la etapa vivida de esfuerzo y ascesis era necesaria para saber existencialmente (y no solo a nivel teórico, o en un rincón de capilla) lo que significa la radical 'debilidad' humana ('No hago el bien que quiero' [Rom 7,19], había escrito desolado Pablo de Tarso), y abrirse así a una fuerza o amor más poderoso, el único capaz de fortalecer la vida humana: 'Cuando soy débil, entonces soy fuerte' (2Cor 1,12). Y soy 'fuerte' porque un amor más poderoso sostiene mi vida.

B) La liberación frente a los demás pudo llegar en torno a los 48 años de edad: del no apegarse a uno mismo, pasamos ahora al no apegarse a los demás. Por esas fechas la Santa es priora de san José (Ávila), y Juan de la Cruz entra como carmelita en Medina del Campo. Veamos, como botón de muestra, la poderosa cita de CC 3,1 (Ávila, 1563)

Hasta ahora parecíame había menester a otros  
y tenía más *confianza* en ayudas del mundo;  
- ahora entiendo claro ser *todos unos palillos de romero seco*  
y que *asiéndose a ellos no hay seguridad*,

<sup>9</sup> En *Camino*, unos once años después, escribirá Teresa en ese lenguaje franco y directo que la caracteriza, dirigiéndose a sus compañeras carmelitas de la clausura: "Encerradas aquí sin poseer nada, ya parece que lo tenemos todo hecho, que no hay que pelear. ¡Oh hijas mías!, no os aseguréis ni os echéis a dormir, que será como el que queda muy sosegado de haber cerrado muy bien sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Y, ¿no habéis oído que es el peor ladrón el que está dentro de casa? Quedamos nosotras" (CE 14,1).

<sup>10</sup> GUERRA, S., "El gusano y la mariposa. Una consideración histórico-espiritual", en: *Revista de Espiritualidad* 72 (2013), p. 550.

que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se quiebran.  
 Y así *tengo experiencia* que el verdadero remedio para no caer  
 - es *asirnos a la cruz y confiar en El* que en ella se puso.  
 Hállole *amigo verdadero*  
 y hállome con esto con *un señorío* que me parece podría  
 resistir a todo el mundo que fuese contra mí,  
 con no me faltar Dios (CC 3,1).

Desde la visión antropológica, que se ha de entender con carácter inclusivo (ese ‘ser todos [incluida ella misma] unos palillos de romero seco’), y que conlleva asumir la radical (y tan paulina) debilidad del ser humano (‘no hay seguridad’ → ‘se quiebran’ en ‘contradicciones’)<sup>11</sup>, Teresa realiza una transición vital, apoyándose en la experiencia vivida (‘tengo experiencia’), a una nueva visión teológica de la existencia, capaz de dar confianza (‘construir sobre roca’) y libertad a la vida humana. Es así como frente a los ‘palillos de romero seco’ (¡y qué plástica resulta la imagen!) se descubre un nuevo anclaje al que ‘asirse’, el [palo de la] ‘cruz’, donde (clave estauroológico-cristológica) se descubre la seguridad que da el ‘amigo verdadero’, y la libertad (‘un señorío’) que brota de la activación de este nuevo vínculo.

### 2.3. *Experiencias de vínculo (confianza)*

Junto a la liberación de apegos negativos, está la realidad de un vínculo o apego ahora ‘positivo’ y liberador. Es el vínculo frente a Dios (E 17) y la así llamada experiencia nupcial o del ‘matrimonio’ místico (CC 25). Estamos en año 1572.

A) Dios: el vínculo más poderoso. Frente a toda forma de apego, Teresa invita a una pedagogía liberadora en positivo, apoyada no tanto en la ascesis como en la fuerza positiva de un amor más grande, o de una ‘hermosura’ o belleza más atrayente y atractiva, ante la que palidecen las demás ‘hermosuras’:

Quedaba mi alma con gran ganancia... De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día... Tenía una grandísima falta..., una persona..., si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él... *Después que vi la gran hermosura del Señor*, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto... (V 37,4).

#### ► *EXCURSUS: Dios, el único vínculo liberador*

Muera ya este yo,  
 y viva en mí otro que es más que yo,  
 y para mí mejor que yo,  
 para que yo le pueda servir;  
 él viva y me dé vida;  
 él reine y sea yo su cautiva,  
 que no quiere mi alma otra libertad.  
 ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno?;  
 ¿qué mayor ni más miserable cautiverio  
 que estar el alma suelta de la mano de su Criador?  
 ¡Dichosos los que con *fuertes grillos y cadenas*  
 de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos

---

<sup>11</sup> En *Vida* había escrito: “No confiar mucho en nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios” (V 39,19).

e inhabilitados para ser poderosos para soltarse!  
*Fuerte es como la muerte el amor y duro como el infierno* (Cant 8, 6) [...]
   
*¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad,*
  
 si no vives *enclavado* con el *temor* y *amor* de quien te crio!
   
*¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver*
  
*ahogado en aquel mar infinito de la suma Verdad,*
  
 donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser,
   
 porque estarás seguro de toda miseria, *naturalizado* con la vida de tu Dios! [...]
   
 No tiene [Dios], ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad
   
 para olvidarse de sí y dejar[se] de amar;
   
 entonces, alma mía, entrarás en tu descanso,
   
 cuando te *entrañares* con este Sumo Bien (E 17, 3-5).

El texto precedente es la manifestación del más impetuoso deseo (tan teresiano) por liberarse del ‘ego narcisista’, del ‘yo-protagonista’. Y para ello Teresa no encuentra ninguna experiencia más poderosa que el vínculo divino: la única ‘cautividad’ que no esclaviza al ser humano, sino que lo libera. El hijo pródigo, cuando se aleja de la casa del padre, solo encuentra la degradación y pierde su libertad: en la vuelta, y al renovar el vínculo con el padre, recupera la libertad perdida. Es lo mismo que afirma Teresa: ‘*No hay mayor cautiverio que soltarse el alma de la mano de su Criador*’. Es algo así como la cometa, que solo puede volar gracias al hilo del que la sostiene<sup>12</sup>. La verdadera libertad brota siempre y se funda en un vínculo positivo más poderoso que es, para Teresa, el amor de Dios: un amor ‘más fuerte que la muerte’.

Toda la cita teresiana es de antología: llena de paradojas (‘cautiva para ser libre’), expresiones antitéticas (‘muera y viva’) e imágenes de una enorme plasticidad (‘fuertes grillos y cadenas’, ‘ahogada en aquel mar infinito’). Pero el colmo de la paradoja (¡agudísima paradoja!) se alcanza en la exclamación: ‘*¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu libertad!*’ Dicha esclavitud queda cancelada inmediatamente por la oración condicional que sigue y la enumeración de toda una serie de ‘anclas’ que no solo no anulan la libertad humana, sino que la potencian. Todas ellas remiten a Dios: ‘enclavado’ con el temor (*y el único ‘temor’ que hay que tener es frente a uno mismo: el ‘no se fíe de sí’, tan teresiano*) y ‘enclavado’ en el amor (*la confianza*) de quien te crio; ‘ahogado’ en la suma Verdad; ‘naturalizado’ con la vida de Dios; ‘entrañado’ en este sumo Bien.

Y más todavía, la libertad de Dios, al decir de Teresa, aparece ‘limitada’ (aunque en realidad habría que afirmar ensanchada), por su propia naturaleza, que es el amor. La expresión teresiana no podría ser más contundente: ‘*No tiene [Dios], ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para... dejar de amar*’. Pero es que el amor nunca constriñe ni pone límites: lo único que nos limita a los seres humanos (que no a Dios) es la falta de amor. Si Dios ‘no es libre para dejar de amar’, eso significa que Dios no puede actuar nunca en contra de su propia naturaleza, que es el amor. Ni puede nunca dejar de actuar a favor de su naturaleza, que es el amor.

B) Experiencia nupcial o matrimonio espiritual (Ávila, 1572). Teresa tiene 57 años.

---

<sup>12</sup> La misma paradoja se percibe en la siguiente cita: “El Señor ayuda tanto de su parte, que por la misma causa que sujetamos nuestra voluntad y razón por Él, nos hace señores de ella” (F 5,12). “Libres quiere Dios a sus esposas, *asidas a solo él*” (Cta. 435,11, del 30-5-1582).



Por estas fechas entra de carmelita en Pastrana (Guadalajara) Jerónimo Gracián. Y san Juan de la Cruz está de capellán y confesor en las monjas de la Encarnación de Ávila. Nos cuenta Teresa: “Estando comulgando, partió la forma el padre fray Juan de la Cruz... Yo pensé que... me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas... Díjome su Majestad: *No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí*; dándome a entender que no importaba. Entonces representóseme... muy en lo interior, y diome su mano derecha y díjome:

Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy;  
 hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante,  
 no solo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra,  
 sino como verdadera esposa mía:  
 mi honra es tuya y la tuya mía” (CC 25).

En resumen: lo vivido por Teresa supuso una ‘conversión’ marcada por varios momentos cristológicos de yuxtaposición (V 7 y V 27) y de interiorización (CC 44), así como otras experiencias teológicas de carácter panenteísta (CC 15,3, y 6M 10,2). Se trata de experiencias espaciales de una Presencia gradual: Dios ‘a nuestro lado’, Dios ‘dentro de nosotros’ y nosotros ‘dentro de Dios’. Dicha experiencia es inseparable de la ‘liberación (primer desapego) frente a uno mismo’, cuyo detonante es de marcada impronta cristológica (V 9,3). Y de la ‘liberación (segundo desapego) frente a los demás’ (cf. CC 3,1), de marcada impronta cristológico-estauroológica. Sin olvidar que es un vínculo positivo, el de un Amor más grande (E 17,3-5), la verdadera y última fuerza liberadora: el vínculo nupcial o del ‘matrimonio’ espiritual (CC 25).

### 3. Sobre las ‘visiones’ y ‘audiciones’ teresianas

Son sorprendentes los paralelismos literarios entre *visiones, hablas y apariciones* entre san Pablo y santa Teresa. En el primero tienen un carácter fundante, pero los efectos son semejantes en ambos. Se trata en los dos casos de experiencias de Presencia, Desvelamiento y Conversión<sup>13</sup>.

“A Dios nadie lo ha visto nunca” (Jn 1,18)..., pero: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos..., de lo que hemos sido testigos”, dice la primera carta de Juan de manera entusiasta (cf. 1Jn 1,1-4; y antes María de Magdala (Jn 20,18): ‘¡He visto al Señor!’). La primera carta de Juan habla de ‘oír’, ‘ver’, ‘tocar’ y ‘contemplar’... Pero el autor de esta carta no conoció al Jesús histórico, ni fue testigo de las ‘apariciones del resucitado’. Sin embargo, este cristiano había tenido experiencia del Resucitado. Y porque testimoniar la resurrección de Jesús sólo es posible desde la experiencia: “Quien no ama a su hermano a quien ve... no puede amar a Dios, a quien no ve” (1Jn 4,20). Para un cristiano de entonces, *ver* y *oír* tienen aquí un significado más profundo que para un occidental. Esa es la razón por la que muy a menudo no comprendemos lo que significa el biblicismo ‘ver a Jesús’<sup>14</sup>, que no es otra cosa que experimentar la salvación y la cercanía de Dios (cf. Is 42,7).

<sup>13</sup> Para san Pablo se puede cf. SCHILLEBEECKX, E., *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid: Cristiandad, 1983, p. 333 y ss.

<sup>14</sup> Cf. GESCHÉ, A., *Jesucristo. Dios para pensar VI*, Salamanca: Sígueme, 2002, p. 127. “A veces, los tres géneros de visiones sobrenaturales: la corporal, la imaginaria y la intelectual, son llamados tres cielos. De ellos habla Agustín al comentar que Pablo fue raptado hasta el tercer cielo” (*Suma I*, q. 68, a. 4)

El mismo san Juan de la Cruz afirma que, después de Jesús (y en respuesta a las audiciones y hablas del Señor que pululaban en su tiempo) Dios ha quedado ‘como mudo, y no tiene más que hablar’ (2S 22,4)... En el caso de Teresa, donde audiciones y visiones recorren una parte de sus escritos, no olvidemos aquella cita de *Vida* en la que se corrige sobre la marcha a la hora de describir una experiencia de visión: ‘Vi o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada’ (V 27,2). E incluso llegará a afirmar que ella ‘nunca con los ojos del cuerpo vio nada’ (CC 53,21). Para comprender de verdad las llamadas ‘visiones’ de Teresa, conviene recordar la siguiente cita, donde se expresa en términos muy parecidos a los de san Juan de la Cruz:

“Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: *Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos*; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: *Mira mis llagas; no estás sin mí; pasa la brevedad de la vida*.

En algunas cosas que me dijo entendí que después que subió a los cielos nunca bajó a la tierra -si no es en el Santísimo Sacramento- a comunicarse con nadie” (CC 13,10-11).

Y es que todos tenemos la tentación de preguntar: en sus ‘visiones’, ¿Teresa ‘ve’ a Dios? Pero esta es una pregunta impertinente. Lo principal no es ver o no ver, sino tomar contacto con una realidad presente; abrírnos a otra persona de modo espiritual y dinámico<sup>15</sup>. Una cita teresiana relativa al ‘oír’ (pero que vale también para el ‘ver’) en relación al Jesús histórico, al Jesús de los evangelios, es toda una invitación a relativizar el hecho en sí tanto de visiones como de audiciones, y centrarse en los ‘efectos’ como la clave verdaderamente relevante:

Sobre el ‘oír’ (o el ‘ver’, que para el caso es lo mismo), cuando escribió la Santa su última gran obra, *Las Moradas*, casi al final de su vida, se expresaba en los siguientes términos, y con una enorme libertad no exenta de ironía:

“Pues tornando a lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho, pueden ser de Dios y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay en estas diferencias y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración; y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito ni tampoco en dárselo cuando son solamente para vosotras mismas, de regalo o aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, o sea antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso: que no penséis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló a los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan de estas palabras, y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ellas que si las oyeseis al mismo Demonio” (6M 3,4).

#### **4. Concluyendo: ¿Solo Dios basta?**

Yo creo que no. No basta ‘Dios solo’ o ‘solo Dios’ para crecer y madurar. Todos necesitamos a los demás. Es en la apertura confiada a Dios, pero también a los otros donde encontramos otra clave fundamental para comprender los textos de los místicos. ¿Acaso hay alguien que todavía crea poder comprenderse únicamente por sí mismo? ¿No es la alteridad, sea la que fuere, algo indispensable para el feliz descubrimiento de uno mismo?<sup>16</sup> De esa necesaria alteridad y confianza en los demás (y de sana sospecha

<sup>15</sup> Cf. GARCÍA ORDÁS, A. M<sup>a</sup>, *La persona divina en la espiritualidad de Santa Teresa*, Roma: Teresianum, 1967, p. 81.

<sup>16</sup> Hay que redescubrir la bendición de la alteridad para salvarnos del encerramiento (Cf. GESCHÉ, A., *El sentido*, o.c., p. 70).

frente a uno mismo) nos habla Teresa. Así como de la importancia de certificar la verdad de toda experiencia mística por sus ‘frutos’ y sus ‘efectos’: una experiencia de Dios que no vaya acompañada de los frutos del amor, se convertirá automáticamente en sospechosa, equivocada o sencillamente falsa.

Y si los hombres necesitamos a los demás para ser hombres, ¿acaso no ‘necesita’ Dios también al hombre, a todo ser humano, (y especialmente desde la Encarnación, desde que se hizo y permanece como hombre), de igual manera que los hombres se necesitan unos a otros? Si ningún hombre es una ‘isla’ (John Dohn), ¿lo puede ser acaso el hombre Jesús? Jesús, en cuanto hombre ¿no necesita a sus compañeros de camino? En el jardín de Getsemaní, Jesús se sintió desesperado (‘Mi alma está triste hasta la muerte...’ –Mt 26,38). Y por primera vez no quiso estar a solas con Dios, y buscó a sus amigos<sup>17</sup>. A Jesús, en contra de santa Teresa, no le ‘bastó’ Dios... ¿Estaba equivocada santa Teresa cuando afirmaba en sus versos que ‘sólo Dios basta’? No lo sé, pero lo cierto es que ni tan siquiera a Jesús le bastó ‘solo Dios’.

Frente a los versos teresianos...

Nada te turbe,  
nada te espante;  
todo se pasa,  
Dios no se muda.

La paciencia  
todo lo alcanza.  
Quien a Dios tiene  
nada le falta.  
Solo Dios basta.

...Parece legítimo reconocer que no basta el ‘vínculo’ divino (el ‘Abbá’), como de hecho no le bastó a Jesús (lo hemos visto en Getsemaní)<sup>18</sup>. Igual que no basta ‘amar solo a Dios’ (1Jn 4,20), como muy bien sabía Teresa (“Porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para saber que le amamos; mas el amor del prójimo, sí” -5M 3,8), si no se está atento a las necesidades y los sufrimientos de los demás. Esta es, en último término, la mejor etiqueta de garantía del viaje místico y de toda aventura cristiana:

Yo lo miro con advertencia en algunas personas  
(que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientras...  
más adelante están en esta oración y regalos de nuestro Señor,  
*más acuden a las necesidades de los prójimos* (MC 7,8).

Recordemos, para terminar ya, una cita teresiana muy repetida y no siempre muy bien interpretada:

Amigos fuertes de Dios [casi siempre nos quedamos aquí...]  
*para sustentar a los flacos...*, ténganse por tales (V 15,5).

La clave de la cita precedente es la ‘finalidad’ a la que está encaminada dicha ‘amistad’ con Dios: ayudar a los más débiles (‘flacos’, que dice Teresa). No es la ‘amistad’ con Dios, en perspectiva cristiana, ancla o salvavidas para mantenerse estoicamente firme en medio de los vaivenes de la vida, y mucho menos para

<sup>17</sup> Cf. MOLTSMANN, J., *Cristo para nosotros hoy*, Madrid: Trotta, 1997, p. 33.

<sup>18</sup> Es la misma Teresa la que afirma que Dios también nos necesita a nosotros: “¿Tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo?” (C 26,6).

ensoberbecerse. Casi siempre se olvida esta segunda parte de la cita teresiana. Casi siempre se olvida que la mística teresiana (como toda mística verdaderas) se autentica en la esfera de la ética, y en concreto en la 'ética de las necesidades' de los demás. En la capacidad para estar atentos a los más débiles, a los más 'flacos', como dice Teresa.